

PAUL FEYERABEND: EN TORNO A DOS TRABAJOS¹

Carlos Díaz

UN LIBRO DE FEYERABEND publicado en España (*Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*) levantó comentarios entre irónicos y admirados. Otro trabajo aparecido este mismo año en Alemania (una polémica con el filósofo de la ciencia Imre Lakatos, bajo el título *Thesen zum Anarchismus*) ha aumentado la tensión irritada contra este niño terrible de la filosofía del lenguaje y de la ciencia que se atreve a negar las bases científicas de la misma ciencia, y que se opone con humor a la racionalidad del racionalismo, al que supone una ideología.

Paul Feyerabend tiene ahora cincuenta años. Estudió teatro en Weimar y luego historia, matemáticas, astronomía y filosofía en Londres, Copenhague y Viena —su ciudad natal. Más tarde fue docente en Viena, Bristol, Yale, Berlín, y desde 1958, con interrupciones, es profesor en Berkeley: profesor de filosofía, a la que entiende como teatro astronómico de la revolución. Acaso Pannekoek no se hubiese atrevido a tanto.

El ataque a la ciencia es en Feyerabend, discípulo heterodoxo de las filas wittgensteinianas, algo consustancialmente unido a su defensa *pro domo* del anarquismo. Creemos que ese ataque es hecho a posteriori, a partir de un momento en que sospecha discordias entre la ciencia y lo que él entiende por revolución. En efecto. Hay revolucio-

¹ *Thesen zum Anarchismus*. En "Unter dem Pflaster liegt der Stand. Anarchismus heute. Bd. 1. Karin Kramer Verlag, Berlin, 1974; *Contra el método*. Ed. Ariel. Barcelona, 1974.

nes, dice, en que ni una piedra se mueve, ni un principio se transmuta, ni siquiera un estado de cosas se pone en duda. Con su imagen aparentemente hosca y sus poco amigables resultados, la ciencia ha cesado de ser una aliada de los anarquistas.

Las revoluciones en ciencia —al decir de Feyerabend— son, por lo tanto, incruentas y blancas. El anarquismo no lo es. Luego la ciencia y el anarquismo ya no son compañeros de un mismo viaje. Tal tesis va a servirle de base para cualquier ulterior toma de partido. Feyerabend había publicado, sin embargo, antes de esta tesis numerosos estudios sobre filosofía de la ciencia, habiendo puesto siempre en duda el estatuto de cientificidad de la ciencia.

Pues bien, es esta actitud crítica la que le sirve para bautizar a su filosofía con el nombre de *anarquismo epistemológico*, denominación de 1974, y que en consecuencia acaba con las anteriores. El anarquismo epistemológico se diferencia tanto del escepticismo como del *anarquismo políticamente lleno de fe*. ¿Y qué es ese anarquismo epistemológico equilibrado entre la fe y el desfallecimiento? Una especie de *dadaísmo*. Según nuestro autor, el dadaísta no tiene ganas de tener ningún programa científico, estando incluso contra todo programa, pese a ser a veces el más grande defensor o demoleedor del status quo. Dicho más folklóricamente: para ser un verdadero dadaísta hay que ser simultáneamente un antidadaísta. Del mismo modo, el mayor placer del anarquista epistemológico es confundir a los racionalistas de tal modo, que lo aceptado por inamovible aparezca como totalmente infundado. En una palabra: buscar las cosquillas al serio.

Por lo demás, no hay una sola actitud científica que el anarquista epistemológico desprecie o tenga por absolutamente infundada, nada “absurdo” o “inmoral”. En ese sentido no hay método que no interese. Lo único rechazable son las normas generales, las leyes generales, las creencias populares domesticadas, por ejemplo nociones tales como “verdad”, “justicia”, “sinceridad”, “profundidad”, etc. La alquimia vale como la química.

¿Y cuándo llegará el día en que esto sea aceptado por los científicos? “Un día llegará en que todo se te vendrá abajo. Tal día será el día en que estarás dispuesto a ser anarquista”. Estilo nietzscheano, nihilizador, apocatastático. Por supuesto, dadaísta. Consecuencia: ni la ciencia ni la metodología de los programas de investigación proporcionan argumentos contra el anarquismo. Como todo es pecado científico, cada cual elige según le parece y no puede “dormirse en los laureles de la supuesta ciencia”. Recubrir con razones *ex post facto* lo que a priori no eran sino opciones personales es lo habitual entre los científicos, dice Feyerabend. Y acaba así: “La ciencia no es nuestra tirana, nosotros no debemos ser sus súbditos”.

¿Qué decir de Feyerabend? Mucho podía decirse, pero preferimos decir poco, ya que no es —desgraciadamente— nuestro fuerte la filosofía de la ciencia. Sin embargo, algo se puede decir del “anarquismo epistemológico”, nueva calificación dentro de la taxonomía del anarquismo.

Nos da la impresión de que es un anarquismo que también puede adjetivarse de *folklórico*. No está mal el folklore, pero no vale para resumir las luchas que en torno a un pedazo de pan y en defensa de la libertad fueron mantenidas por el sector proletario que a lo largo de la historia, con mayor o menor clarividencia, ha venido acogéndose bajo ese nombre.

Resulta además que esa iconoclastia juvenil de Feyerabend, tan sana, puede convertirse en enfermizo síntoma de decadencia cuando se erige como principio de demolición, no sólo de la ciencia, sino también de determinados principios como el socialismo, la libertad, etc., que si realmente pueden entenderse como una cosificación o reificación, pueden también entenderse dialécticamente.

No es menos cierto el hecho de que tal anarquista *epistémico* (por utilizar el término *psiquiátrico*) en tales condiciones representa una especie de jugueteón nihilismo, y hasta incluso de serio nihilismo, pero incluso en este último caso el nihilismo no sería sino la primera parte del anarquismo, la del *destruam*, quedando aún para la epistemología anar-

quista (planteada la cosa en términos de epistemología) el segundo paso, el del *aedificabo* con que Proudhon, sin ir más lejos, remataba la bóveda de su tectónica libertaria.

Por fin, un pensador del estilo de Feyerabend —valiente como él sólo, es cierto— ¿rechaza la vinculación orgánica en la praxis sociopolítica? Aún no lo ha dicho, pero corre el riesgo de decirlo.

Semejante “anarquista” científico, que hoy despierta curiosidad, mañana moverá a chanza, más próximo a un Netchaev o un Stirner que a un Proudhon, un Bakunin o un Kropotkin. Por desconocimiento de estos, ha identificado anarquismo con violencia: como la ciencia no es violenta, no es anarquista. Pero, ¿y si el anarquismo no fuera pro-violento por principio? ¿Y si la ciencia no fuese tan incruenta? Interrogantes estos abiertos por Noam Chomsky en sus “*Anmerkungen zum Anarchismus*”, y que por su ponderación contrastan con la venalidad de Feyerabend.